

XVII

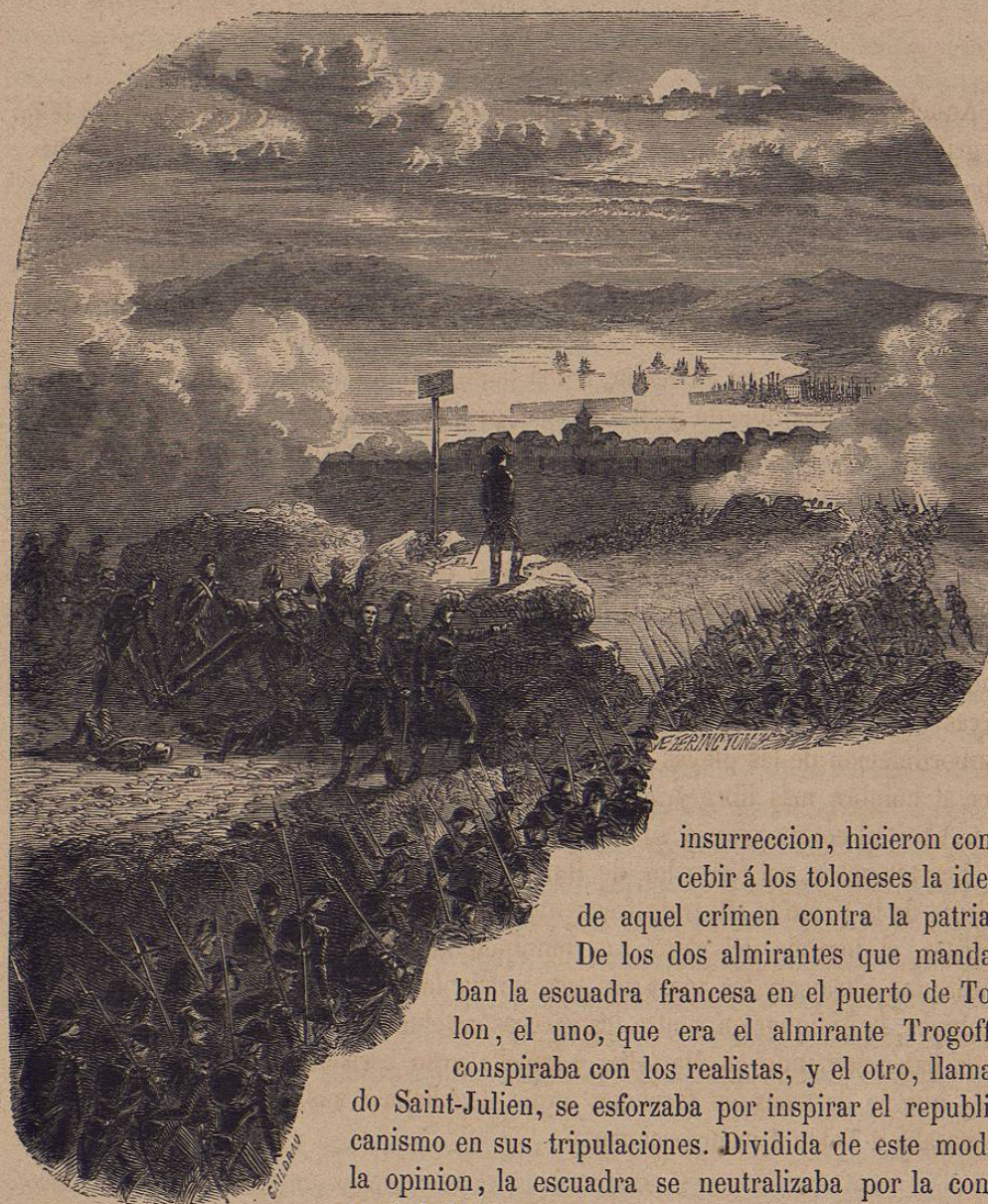
Aquellos remordimientos de los republicanos puros se ahogaban en París por los gritos dementes del partido de Hebert, de Chaumette y de Collot-d'Herbois. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que no se atrevían á atacar aún á aquel partido, callaban, esperando que la indignación pública estuviese bastante sublevada para arrojarla sobre los terroristas. Pero mientras que las cenizas de Lyon se anegaban en torrentes de sangre, el incendio de la guerra civil prendió en Tolon.

Tolon, puerto el más importante de la república, y ciudad ardiente y móvil como el sol y el mar del Mediodía, había pasado rápidamente desde el exceso del jacobinismo al abatimiento y al disgusto por la revolución. Imitando los movimientos de Marsella cuando los sucesos del 10 de Agosto, Tolon había lanzado contra París la flor de su juventud mezclada con la hez de su población. La Provenza había llevado su ardimiento á París; pero la misma fogosidad que había hecho tan terribles á los provenzales contra el trono de Luis XVI, les hacía incapaces de someterse por mucho tiempo al yugo de una república central y uniforme, como la que Robespierre, Danton, los Franciscanos y los Jacobinos querían fundar. Aquellas antiguas colonias, fundadas por los focios y los griegos en las playas de la Provenza, habían conservado algo de la perpetua agitación y de la insubordinación de las playas de donde eran originarias. El espectáculo del mar hace al hombre más libre y más indomable, porque ve continuamente la imagen de la libertad en sus olas, y su alma contrae la independencia de aquel elemento.

Los toloneses, así como los de Burdeos y Marsella, propendían hácia el federalismo de la Gironda. El trato frecuente con los oficiales de la armada, casi todos realistas; el dominio del clero, casi omnipotente sobre las imaginaciones del Mediodía; los ultrajes y los martirios que sufría la religión bajo el reinado de los jacobinos, la indignación contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux había cometido en Marsella, y aquella gran escisión, en fin, de una república que se deshacía en facciones y que degollaba á sus fundadores, todo esto provocaba á Tolon á insurreccionarse.

XVIII

La escuadra inglesa al mando del almirante Hood cruzaba en el Mediterráneo, y mantenía aquellas disposiciones hostiles por medio de correspondencias secretas con los realistas de Tolon. La escuadra se componía de veinte navíos de línea y veinticinco fragatas. El almirante Hood se presentó á los toloneses como aliado y como libertador, más bien que como enemigo, prometiéndoles conservar la ciudad, el puerto y la escuadra, no como conquista, sino como un depósito que entregaría al sucesor de Luis XVI, tan pronto como Francia hubiese ahogado á los tiranos que la oprimían. La opinión de los toloneses pasó con la rapidez del viento del jacobinismo al federalismo, de éste al realismo, y del realismo á la defección. Ocho mil fugitivos de Marsella apiñados en Tolon por el terror de las venganzas de la república, lo inexpugnable de sus muros, las baterías de sus buques, la presencia de las escuadras española é inglesa combinadas, y dispuestas á proteger la



Sitio de Tolon; toma del fuerte Mulgrave.—Pág. 238.

insurrección, hicieron concebir á los toloneses la idea de aquel crimen contra la patria. De los dos almirantes que mandaban la escuadra francesa en el puerto de Tolon, el uno, que era el almirante Trogoff, conspiraba con los realistas, y el otro, llamado Saint-Julien, se esforzaba por inspirar el republicanism en sus tripulaciones. Dividida de este modo la opinión, la escuadra se neutralizaba por la contrariedad de sus tendencias, y no podía hacer otra cosa fraccionándose que seguir el movimiento que le imprimiese el partido vencedor. Situada entre una ciudad sublevada y un mar bloqueado, debía quedar forzosamente destrozada, ó por el cañon de los fuertes, ó por el de los ingleses, ó por ambos á la par. La población de Tolon, en que fermentaban á la vez tantos elementos combinados, se sublevó á la aproximación de la vanguardia de Carteaux con una unanimidad que excluía hasta la idea del remordimiento. Hizo cerrar el club de los Jacobinos, sacrificó á su jefe, encarceló á los representantes del pueblo Bayle y Beauvais, comisionados en aquel punto, y llamó en su ayuda á los ingleses, á los españoles y á los napolitanos.

Al aspecto de las escuadras enemigas, el representante Beauvais se suicidó en la cárcel. La escuadra francesa, á excepción de algunos navíos que el almirante Saint-Julien mantuvo algunos días en su deber, arboló bandera blanca. Los tolo-

neses, los ingleses y los napolitanos reunidos, en número de quince mil hombres, artillaron los fuertes y las avenidas de la plaza contra las tropas de la república. Carteaux, saliendo de Marsella á la cabeza de cuatro mil hombres, rechazó á la vanguardia enemiga de las gargantas de Ollioules, y el general Lapoype, que se destacó del ejército de Niza con siete mil hombres, embistió á Tolon por el lado opuesto. Los representantes del pueblo Freron, Barras, Ricord, Salicetti, Robespierre el jóven y Gasparin vigilaron y dirigieron las operaciones y combatieron, todo á la vez. El escaso número de republicanos, el espacio inmenso que tenían que ocupar para circunvalar las montañas que están tocando con Tolon, los fuegos de los fuertes que protegían desde lo alto aquel anfiteatro, y la inexperiencia de los generales, dilataron por mucho tiempo los ataques é hicieron temblar á la Convencion, que se contempló perdida si dejaba aquella traicion impune. Tan pronto como Lyon dejó tropas á disposicion del comité de salud pública, Carnot se apresuró á lanzarlas sobre Tolon al mando del general Doppet, vencedor de Lyon. Freron y Barras estaban resueltos á arruinar á Tolon, aunque tuviesen que destruir la marina y los arsenales.

Un capitán de artillería enviado por Carnot al ejército de los Alpes, fué detenido á su paso para reemplazar en el ejército sitiador al comandante de artillería Donmartin, que habia sido herido en el ataque de Ollioules. Aquel jóven oficial era Napoleon Bonaparte. La fortuna le salió allí al encuentro. Su compatriota Salicetti le presentó á Carteaux. En pocas palabras y en pocos dias hizo brillar su genio y fué el alma de las operaciones. Predestinado á hacer prevalecer la fuerza sobre la opinion y el ejército sobre el pueblo, se le vió aparecer por primera vez envuelto en el humo de una batería, peleando al mismo tiempo contra la anarquía en Tolon y contra los enemigos en el puerto. Su porvenir estaba en aquella actitud. ¡Genio militar que despuntó en el fuego de una guerra civil para apoderarse del soldado, ilustrar la espada, ahogar la palabra, extinguir la revolucion y hacer retrogradar á la libertad un siglo! ¡Gloria inmensa, pero funesta, que la posteridad no juzgará como lo han hecho los contemporáneos!

XIX

Dugommier habia reemplazado á Carteaux. Aquél reunió un consejo de guerra al cual asistió Bonaparte. Este jóven capitán, que habia sido promovido al grado de comandante de batallón, reorganizó la artillería, aproximó las baterías á la plaza, conoció de una ojeada el punto vulnerable de la posicion que debia batir, y marchó al objeto principal sin hacer caso de todo lo demas. El general inglés O'Hara hizo una salida desde el fuerte Malbosquet con seis mil hombres, pero cayó en una emboscada dirigida por Bonaparte, y fué herido y hecho prisionero. El fuerte Mulgrave fué atacado por dos columnas, á pesar de las órdenes de los representantes. Bonaparte y Dugommier entraron los primeros por la brecha, y la victoria les justificó. «General,—dijo Bonaparte á Dugommier, que estaba cargado de años y de fatiga,—idos á descansar, porque acabamos de tomar á Tolon.» El almirante Hood vió al amanecer las baterías francesas apuntadas contra todas las pendientes y dispuestas á batir al puerto. El viento del otoño rugía, el cielo se nublaba, el mar estaba alborotado, y todo anunciaba que los próximos temporales del invierno iban á cerrar la salida del puerto á los ingleses.

A la caída del dia, algunas chalupas enemigas remolcaron al brulote *Vulcano* hasta el centro de la escuadra francesa. Una cantidad inmensa de materias combustibles fué amontonada en los almacenes, en los astilleros y en los arsenales. Varios oficiales ingleses esperaban la señal del incendio con el lanzafuego en la mano. Dan las diez en el reloj del puerto, y del centro de la ciudad sale un cohete que se eleva y cae echando chispas; ésta era la señal, y los lanzafuegos se dirigen á los regueros de pólvora. El arsenal, los establecimientos, los repuestos marítimos, las maderas de construccion, el alquitran, los cáñamos, los armamentos de aquella escuadra y de aquel depósito naval, son consumidos en pocas horas. Aquel horno inmenso en donde quedó reducida á cenizas la mitad de la marina francesa, alumbró por toda una noche las olas del Mediterráneo, las faldas de las montañas, los campamentos de los representantes y los navíos ingleses. Los habitantes de Tolon, que iban á ser abandonados dentro de pocas horas á la venganza de los republicanos, erraban por los muelles. El silencio que el horror del incendio causó en los dos campos no fué interrumpido sino por la explosión de los almacenes de pólvora y la de diez navíos y quince fragatas, que lanzaban sus cascotes y sus cañones al aire ántes de hundirse en las aguas. Los rumores de la salida de las escuadras combinadas y de la rendicion de la plaza se habian esparcido por la poblacion. Doce mil personas, entre toloneses y marseleses refugiados, hombres, mujeres, niños, ancianos, heridos y enfermos, salieron de sus moradas y se apiñaron en la playa, disputándose el sitio en las embarcaciones, que los transportaban á los navíos ingleses, españoles y napolitanos. Un mar alborotado y las llamas que corrian entre las olas, hacian el transporte de los fugitivos más peligroso y más lento. A cada instante, los peligros de un bote que se iba á pique y los cadáveres que el oleaje arrojaba á la costa desanimaban á los marineros. Los restos incendiados del arsenal y de la escuadra llovian sobre aquella multitud y aplastaban filas enteras. Una batería del ejército sitiador barria con sus balas y granadas el puerto y el muelle. Separados en aquella confusion los individuos de una misma familia, se buscaban, se llamaban á gritos en medio de aquel laberinto de voces y de aquel oleaje de la multitud. Las mujeres perdian á sus maridos, las hijas á sus madres, y las madres á sus hijos. Algunos cuyos parientes estaban ya embarcados, pero que los creian aún en la ciudad, rehusaban entrar en los botes, se arrastraban por el suelo desesperados en la playa, ó se venian á tierra, no queriendo huir sin los seres que amaban; otros se sacrificaban y se precipitaban á la mar para aligerar las chalupas, demasiado cargadas, salvando con un suicidio á sus hijos, madres ó mujeres. Dramas patéticos y terribles tuvieron lugar en el horror de esta noche fatal, que recordaba aquellas generaciones de las poblaciones antiguas del Asia Menor ó de la Grecia, abandonando en masa su patria, llevando consigo sus riquezas y sus dioses á la luz del incendio de sus ciudades. Cerca de siete mil habitantes de Tolon, sin contar los oficiales y tripulaciones de la escuadra, recibieron un asilo en los buques ingleses y españoles. El crimen de haber entregado las playas y las armas de Francia á los extranjeros, y el de haber arbolado el pabellon real, era imperdonable. Desde el medio de las olas dieron el último adios á las colinas de la Provenza, iluminadas por las llamas que devoraban sus hogares y sus olivos. En este momento supremo, la explosión de dos fragatas que contenian miles de barriles de pólvora, y que los

españoles se habían olvidado de echar á pique, estalló como un volcan sobre la ciudad y sobre el mar. Formidable despedida, en la cual la guerra civil hizo llover fuego sobre los vencidos y sobre los vencedores.

Al siguiente día los ingleses levaron anclas, llevándose los navíos que no pudieron incendiar, y se hicieron á la vela. Los refugiados de Tolon fueron transportados casi todos á Liorna, y la mayor parte se establecieron en Toscana; sus familias aún subsisten allí, como lo atestiguan los muchos apellidos franceses que se encuentran entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

XX

El 20 de Diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del anciano general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de Francia. «¡Que las bombas y la mina—dijo Barere—destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede más que un puerto militar habitado solamente por los defensores de la república!»

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris.—Madama Roland en la cárcel.—Escribe sus Memorias.—Su carta á Robespierre.—Su causa.—Su sentencia.—Su muerte.—Suicidio de Roland.

I

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces, entre la república y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos, parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institucion que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolucion dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Segun ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal del comité de salud pública, se apresuraba á enviar á la muerte á todos los que se le designaban. El juicio no era más que una breve é inútil formalidad.

El nombre de madama Roland no podia escapar por mucho tiempo al resentimiento del pueblo, porque este nombre significaba todo un partido. Aquella mujer, alma de la Gironda, podia ser una Némesis si se la dejaba sobrevivir á los amigos ilustres que la habían precedido en el sepulcro. Unos vivían aún, y era necesario intimidarlos hiriendo á su ídolo; otros habían muerto, y era necesario humillar su memoria asociándola á la execracion popular que inspiraba una mujer odiosa al pueblo y sospechosa á la libertad. Tales fueron los motivos que hicieron pedir por la municipalidad y por los Jacobinos el juicio de madama Roland.

II

El comité de salud pública, ejecutor que, aunque se afligiese de serlo algunas veces, era siempre complaciente con las voluntades del populacho, inscribió el nombre de madama Roland en las listas que remitía todas las noches á Fouquier-Tinville. Robespierre firmó la lista con un remordimiento visible, que no pudo evitar que se conociese en su semblante. En los primeros tiempos de la residencia en Paris del diputado por Arras, cuando era aún desconocido, había frecuentado la casa de